

tajosa de nosotros; por que, hecho una laguna desde la bajada de Monteagudo y lleno de barrancos y enormes pedruzcos, no le ha sido posible pasar, mayormente si llevaba carruaje, y para entrar en la ciudad se ha visto precisado á seguir desde el campillo toda la falda de la sierra y venir por Espinardo: en el mismo caso se encuentran los de Aljezares y Alcantarilla, que frecuentado el último en las diferentes temporadas de baños por gentes de dentro y fuera de la provincia, tienen que tomar la vuelta por la Era-Alta para ver de salvar los continuos malos tránsitos que en él se encuentran. Los Ayuntamientos colindantes á estos caminos, de acuerdo con el de esta ciudad, pudieran convenir en los medios de repararlos del modo mas pronto y económico, lo que se podría conseguir habiendo decisión ó voluntad, y juzgamos que con poco costo, si se alcanzara del gobierno algunas brigadas de presidarios para que en ellos trabajaran.

Tambien la carretera de Madrid debe ser un objeto preferente para el Consejo de provincia que se establezca; pues conocida la necesidad y utilidad de enlazarla con la general que pasa por Albacete, ambas provincias de comun acuerdo, pudieran llevar á cabo una obra tantas veces proyectada y nunca realizada. En el dia, otro de los caminos que mas deben llamar la atencion de estas autoridades, es el que conduce á Alicante: adelantado el proyecto del ferro-carril que desde esta plaza se piensa construir hasta Madrid, es de necesidad un buen arrecife que en pocas horas conduzca á los viajeros al punto de salida de los comboyes ó expediciones; y no sería esta poblacion la que menos utilidad debiera reportar, si se tiene en cuenta lo que pueden ser alguna vez las minas de S. Gines y la proesimidad á sierra Almagrera, que tantos concurrentes y especuladores atrae en la actualidad.

El comercio que hace Murcia con los pueblos de la provincia, puede decir-

se que es nulo: reducido se encuentra á una docena de semaneros, que con re-cuas, y muy pocos con carros, llevan todos los jueves los artículos de mas necesidad á las poblaciones de lo interior, y todo por la falta de caminos transversales; buena prueba nos suministra el precio subido del carbon vegetal, que comprado á real la arroba en el sitio que se elabora, cuesta en esta ciudad cuatro y medio ó cinco, sin otra razon que la imposibilidad de aliviar el porte en carros de gran cabida y tenerlo que traer á lomo. La agricultura, del mismo modo sufre quebrantos por esta causa; en todos los pueblos del norte de la provincia estan sumamente baratos los cereales, cuya ventaja no se puede conseguir en este mercado por la falta de caminos para transportarlos en gran cantidad.

El que haya tenido ocasion de recorrer la parte de Africa, sujeta á los franceses, habrá visto unas carreteras tan buenas como las mejores de España; por lo menos la que han construido desde Máscara á Bona, no creemos que tendrá muchas que la imiten en solidez y hermosura; advertirá tambien, que al hacerse dueños de un pais, se ocupan lo primero en fortificarlo y abrir vias de comunicacion para acortar las distancias, para proporcionar comodidad y baratura en los transportes, para dar salida á los frutos y generos del pais, para circular sus manufacturas sin grande costo, para hacer mas facil la reunion de mercados, y por último, para que sirvan de un agente poderoso para la colonizacion.

Y para no citar egemplos fuera de nuestra nacion, trasladémonos al pais Vazco, donde, como todos sabemos, se ha sostenido por espacio de siete años una guerra destructora, durante los cuales desaparecieron los caminos, á fin de interceptar las comunicaciones; pues bien, lleguemos á Vitoria y sigamos hasta Irún, y veremos un magnífico arrecife construido en muy pocos meses, y veremos tambien otros muchos comenzados para el uso

de los pueblos de aquellas orgullosas montañas, á fin de facilitar una cómoda exportación á sus productos; todo esto se ha hecho por el país, persuadidos de que sin medios expeditos de comunicación, seran estériles los trabajos que se empleen en hacer reproducir á la tierra, por que sus frutos han de permanecer almacenados y sin salida. Si pues nosotros estamos convencidos y con nosotros todos los hombres pensadores é ilustrados de la provincia, del estado lamentable en que yacen sus caminos, y tambien que son el elemento poderoso para el desarrollo de la agricultura y el comercio, y por consecuencia de su riqueza y esplendor, esperamos que contribuirán cuanto este de parte de cada uno á inclinar el ánimo de las autoridades, para que dediquen toda su solicitud y esmero, á fin de que pronto veamos hechas las mejoras que hemos apuntado ligeramente llevados de nuestro amor hacia este hermoso pueblo.

Un quidam.

EL TROVADOR.

La alta noche es ya, reposa
En profunda paz natura,
Y del sueño la dulzura
El mortal goza en quietud.

Las calles se ven desiertas,
Con suavidad corre el viento,
Y tan solo el blando acento
Se percibe de un laúd.

Templándolo está un amante
Trovador, que va á su amada
A cantar una balada
En frente de su balcón.

Ya está templado el laúd;
El trovador toca, y mira
Hacia el balcón, y suspira

Y empieza así su canción.

Volad, volad, versos míos,
Al lecho donde reposa
En dulce sueño la hermosa
Por quien me abraso de amor.

Decidle quien se halla en frente
De sus balcones cantando,
Y por verla suspirando
Su readido trovador.

Sí, volad; mas no, teneos,
No despertéis l' alma mía,
Dejadla que se sonría
Con su dorado soñar.

Sí; en brazos de esos ensueños
Que allí la estan arrullando
Y el ambiente embalsamando
En que la ven respirar.

Dejad que duerma ese encanto,
Envidia de los amores,
Mas hermosa que las flores
Mas hermosa que el Eden.

Dejad que su tierno pecho
Blandamente allí se agite,
Y que amorosa palpíte,
Y que suspire tambien.

Duerme, duermes, niña mía,
Prosigue, paloma hermosa,
En esa paz venturosa
Que reina en tu alrededor.

Sigue, sigue en ese lecho
Que contigo se envanece,
Ese lecho que aparece
Radiante con tu fulgor.

Ese lecho dó las gracias
Vertiendo estén á porfia
Tantas gracias, vida mía,
Por hacerte gracia á tí.

¡Ay! ¡Ay lecho fortunado!
¡Quien alhagarla pudiera
Como tú! ¡Quien la meciera!
¡Quien la acariciara allí!

¡Quien...! Suspende el trovador
De repente su cantar,
Y hácia el balcón á mirar

Cuidadoso principió.

En él un pañuelo blanco
Divisa que al viento ondea,
Y una voz que le cecea
Quedito, tambien sintió.

Llega al balcon en un vuelo;
Adios, dice, estrella hermosa,
Y á Dios, tambien amorosa
La bella le respondió.

Ambos en coloquios tiernos
Largo tiempo allí pasaron,
Y tristes se separaron
Cuando la aurora llegó.

P. Cascales Alvarez.

LA MINO-MANIA.

— Otro dia
Vera V. mis instrumentos.
— De música?
— No señor,
Los chismes de los numeros.
El horologio, la aguja,
Un lente de mucho aumento,
La punterola, el martillo
Y un magnifico di-eño
De las lamparas de Davy
Para disparar barrenos.
(Comedia.)

El oro es el alma del mundo. He aqui una verdad que ha dicho alguno y que yo no me atreveré á disputar. *El oro es el alma del mundo*, ha repetido luego á coro la humanidad y se há lanzado toda entera en busca de su alma, por que ella es quien compone el mundo. Veinte ó treinta aventureros se lanzan sobre unas mal unidas tablas y con rostro sereno desafian las iras del grande oceano; esos hombres van á buscar el alma del mundo, dicen que está en américa y ellos han determinado el ir allá, aun que pueden muy bien ahogarse en el camino, y venir á encontrarla en el vientre de algun Tiburon.

Discurriendo asi por todas las clases del inmenso Bedlan de que se compone

este globo, hallaremos que todos se afanan en busca del oro, pretendiendo encontrar en él la felicidad, sucediendo á veces el que hallen el primero y no la segunda; cosa que han dicho muchos, pero que se han guardado los demas de creer, tal vez por que tiene visos de ser verdad. Algunos le buscan y quieren hallarle con poco trabajo, y de aqui el que se sostenga el juego de loteria que muchos han tildado de inmoral y ruinoso, en lo que tal vez tengan razon; pero que los gobiernos le protejen, aunque las leyes prohiban los de suerte y azar, sin duda por que en la loteria, la suerte es del gobierno y el azar de los pobres que pagan. Otros quieren hallarle en las minas y han imaginado que con un capital de cien rs. pueden llegar á ser millonarios, fundados en el argumento de analogia de que á algunos les ha sucedido asi y ha hecho este argumento tanta fuerza, que ha llegado á trastornar las cabezas mejor organizadas, produciendo una *mino-mania* de la que se puede decir que

Equo pulsat pede

Pauperum tabernas, regum que turres.

Mas claro, (por que á mi me gusta que todos me entiendan), que lo mismo ha atacado los palacios de los magnates, que el miserable desvan del artesano y del jornalero. A esta fatal pasion se han debido esa multitud de denuncias de minas de *laton*, *bronce* y otras aleaciones, cuya existencia en estado natural es tan imposible como hacer volar una tortoga. Esta maldita aficion, esta desventurada *mino-mania* y esta ruinosa especulacion, fue la que me hizo victima de su furor, quiza por que no le era adicto, sin duda por que no era santo de mi devocion: este fue el caso.

Persuadido de que estamos en el siglo de las luces y de los fósforos, del movimiento; siglo al que tanto cuadra el adgetivo de azogado como el de ilustrado, determiné no ser yo la única persona *inamovible* de nuestra península, y me decidí á viajar persuadido de que en el

dia, el que no viaja no está civilizado. Al efecto me trasladó á la *in illo tempore* florida Cartagena, con objeto de embarcarme en una de esas máquinas de las que dejó el capitán del siglo, que variarían la faz del mundo. Inmediatamente que llegué, me dirigí á visitar un antiguo amigo con el que me unían estrechas relaciones. Fiado en la amistad, entré sin anunciarme, y cuando iba á levantar el picaporte del cuarto donde estaba, me detuve indeciso á causa de unos gritos desaforados que oí dentro.—S. Juan es mejor que San Francisco, decía una voz cascada y disonante.—Falso, gritaba mi amigo con toda la fuerza de sus pulmones; siendo S. Francisco superior á S. Pedro, y este respectivamente á S. Juan, no puede ser lo que V. dice.—No hay que cansarse, Señores, decía un tercero, la Concepción es superior á los demás.—Mentira, mentira, gritaban mi amigo y su primer antagonista, con voces de trueno.

La verdad, ver disputar en la tierra, de la bondad de los santos del cielo, alteró un poco mi conciencia, por que á fuer de timorato, no me agradan las cuestiones teológicas. Mi primera intención fue huir de un lugar donde se hablaban tales heregias; pero reflexioné un poco y no quise cometer con un antiguo amigo tal falta de atención. Me decidí á no tomar parte en la cuestión y abrí el picaporte, quise retroceder al ver aquel espectáculo, pero ya era tarde. Mi amigo y los dos suyos estaban en actitudes amenazadoras, con unas grandes piedras en las manos, los ojos encendidos y sudando de tanto gritar. Como los creía teólogos, llegué á persuadirme de que era verdad el que los teólogos fuesen intolerantes; pero esta injusta sospecha mía, desapareció prontamente, dando lugar á la realidad, en la que na la tenía que ver la teología.

Con mi llegada se puso fin á la cuestión, y luego que marcharon los camaradas de mi amigo, le pedí esplicaciones de los extraños gritos y aun mas extra-

ñas actitudes en que los hallára. Disputaban sobre S. Juan, S. Pedro, S. Francisco y la Concepción, pero estos eran cuatro pozos de minas situados en la jurisdicción de Cartagena, que les tenían medio locos. En todo el tiempo que permanecí en su compañía, no acertó á hablarme de otra cosa que de sus minas, sus esperanzas y sus proyectos; sacó veinte piedras de distintos tamaños y colores, todas metálicas, y según decía, de una riqueza positiva; me enseñó recibos, títulos y reglamentos de todas las compañías en que iba interesado, y por último se apoderó de mi persona, comprometiendome para que le acompañase á comer y á un viaje ó expedición minera que tenía proyectada para aquella tarde. No pude evadirme; fueron inútiles cuantas excusas quise darle, y por último hube de resignarme con su voluntad.

Mientras que la esposa de mi amigo se volvía loca no sabiendo que añadir á la ordinaria comida y daba veinte órdenes, que á la manera de las reales, eran revocadas incontinenti con otras veinte, él se empeñó en mostrarme su laboratorio. Subimos á la boardilla de la casa y allí me fue enseñando sus crisoles, hornillos, sopletes, lentes de aumento, libros de mineralogía y últimamente para probarme lo fundada que era su esperanza, sacó un grueso volumen en pergamino que decía haber comprado á peso de oro, y me fue leyendo en él una multitud de sandeces y disparates. Preguntéle el título, y era la obra del Beroso, tan conocido por sus estopendas mentiras. El aire de incredulidad que yo afectaba, chocó á mi digno amigo, y para acabarme de convencer, empezó á usar de otras armas. Recurrió á la elocuencia minera, genero nuevo descubierto entre nosotros y que como los demás generos de elocuencia, solo sirve para engañar y seducir. Me empezó á hablar de los cartagineses y romanos, de los célebres pozos de Annibal, de las embarca-

ciones con áncoras de plata y de otras mil cosas admirables é inauditas. Pero bajando la voz, me aseguró como positivo, que tenia datos para probar, que cuando Josué paró el sol, fue causa suficiente para derretir las montañas de nuestra península y que corriesen rios de metales en todas direcciones; tal era la abundancia en que los teniamos. Atónito quedé con semejante desatino, pero en medio de su entusiasmo, creyó que estaba convencido y no quise sacarle de su engañoso error. Una criada vino á decirnos que la mesa estaba aguardando, á cuya circunstancia creí deber algunos momentos de descanso; pero nada de eso, continuó su oracion mineralógica y solo la cortó para bajar á dar ordenes para el viaje.

Aprovecharé estos momentos para dar el retrato de mi digno amigo, en el que tienen personificados los mineros en general. Es hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años; sus cabellos empiezan á encanecer y su larga nariz, pequeños ojos y barba puntiaguda dan á su fisonomia un aire observador bastante marcado; si á esto se añade su largo levita, pontalon sin trabillas, ancho chaleco, antiguo sombrero y unos enormes anteojos colocados sobre el inmenso cartilago de su nariz, tendremosle retratado completamente. Sus ciento y un bolsillos van siempre atestados de cuarzos, piedras y piritas de los innumerables pozos abiertos en toda la jurisdiccion de Cartagena; en el derecho del pantalon se percibe una gran caja redonda que encierra una brújula, y por la abertura del izquierdo se ve asomar la punta de un enorme martillo que llaman *punterola* y les sirve para arrancar piedras; un pequeño microscópio en el del chaleco, y algunas varas de cordel en los del levita, son obgetos que nunca le abandonan y que le acompañan como la sombra al cuerpo, vaya á donde quiera. Son indispensables para los dedicados á la industria minera, como ellos dicen.

Pero sonaron ya las dos y media, y aunque la estacion convidaba mas á dormir la siesta y descansar, que no á ponerse en camino, no hubo remedio, los instantes eran preciosos y no habia que perder tiempo. Yo me resistia, pero mi amigo me ostigaba con una tenacidad que hacia honor á su pasion mineralógica. Salimos á la calle y nos encontramos con dos recinantes; que salvo algunos espurabanos, no eran del todo malos: montamos en jellos, y apenas sintieron la carga de nuestros cuerpos, cuando emprendieron un trotecillo del que no los hubiera sacado ni aun el célebre *Auriol*.

Salimos por fin de la ciudad y andando mi compañero su interrumpida arenga, continuó: «despues de derretidas las montañas á consecuencia del milagro de Josué, ocurrió la época *terciaria* de nuestro planeta, en el que se rompió el estrecho de Gibraltar, cuya causa fue Hércules, como dice la historia, y se anegaron las setenta y dos naciones que ocuparon el fondo del mediterraneo. Tan gran catastrofe, "...aquí llegaba mi buen camarada, cuando un resbalon que dió su caballo, hizo que viniese al suelo con eminente peligro de rodar un barranco, pero sin otra lesion que una ligera herida en la cabeza. Me apeé para socorrerle; pero al llegar cerca de él, le veo levantarse manchado de sangre y echando mano á la *punterola*, dirigirse hacia su caballo. Creí fuese á vengarse en el inocente bruto, pero antes de llegar yo, le vi afanarse en arrancar una piedra del sitio donde habia caido. Ignoraba el obgeto que se propondria, cuando dirigiendose á mi con un pedazo de ella en la mano, me enseñó una ragita metálica que tenia.

—Esto es plata, me dijo, plata de ley.

—Pero D. Timoteo....

—Nada, es necesario denunciar este terreno.

—Pero hombre, su herida en la cabeza.

—Qué cabeza ni que naranjas, por bien empleados podia V. dar cien porrazos de

la misma especie, en tal de hacer igual descubrimiento.

—Gracias, murmuré, y le dejé con su tema, que era lo mejor que podía hacer; pero su filon de plata, caro lector, no era otra cosa que la raja metálica que dejó la herradura del caballo al resbalar por la piedra.

Se lió un pañuelo á la cabeza y continuamos nuestro viaje, hasta llegar á la dichosa mina. Diez minutos despues ya me encontraba, nuevo *D. Quijote* atravesado en un madero, atado por bajo de los brazos sobre un abismo de 100 pies de profundidad. Empezaron á descolgarme á aquel nuevo *averno* y de allí á pocos momentos ya nos encontrabamos mi amigo y yo en una esplanada subterránea, construida, segun su opinion, por los fenicios. La prueba mas evidente de esta verdad, la demostraban ciertas ranuras que el transcurso del tiempo habin hecho en una de las paredes, y que segun *é*, eran caracteres *drúidicos*, *única escritura que conocian los fenicios*.

Yo le oia, callaba y me reia, no sin reflexionar de que el hombre está espuesto á perder la cabeza por muchas cosas. Abismado en estas reflexiones, seguia á mi amigo por los inmensos corredores de aquella mina, cuando una maldita *estalactita* que se avanzaba sobre las demas, se chocò tan suavemente con mi cabeza, que casi me volcó de espaldas levantandome *incontinenti* un terrible chichon y haciendome ver mas luces que tiene un monumento en jueves Santo, á pesar de la obscuridad de aquella condenada caverna.

Sin pasar adelante, me volvi desde aquel momento dando al diablo mi amigo, sus minas y los picaros compromisos que tantos sinsabores acarrean: *él* salió al cabo de una hora diciendo que habia sentido mi desgracia, por que le impidió enseñarme el gran filon de oro, cuya muestra me manifestó, y que para servir á V. no era otra cosa que mala *pirita de hierro*, que tiene la propiedad de echar á

perder los metales con que se mezcla. Mohino y cabizbajo volvi á la ciudad anhelando por el momento de despedirme de aquel loco, con el firme proposito de no volverle á visitar mientras le durara su locura.

Por fin lo puedo hacer. En el mes de Octubre pasado recibí, una carta que prueba la total curacion de mi amigo, aunque le há costado algo cara: dice asi; Cartagena &c.

Mi estimado amigo: con motivo de pasar á esa mi hijo mayor á estudiar filosofia, te lo recomiendo eficazmente por que le proporciones donde pueda estar con la mayor economia posible, pues el estado de mi casa no permite sufragar grandes gastos. *Las minas caducaron*. La fabrica dõnde llevaba un capital de veinte mil rs. tambien, y á última hora hemos descubierto que la plata estraída en las copelaciones eran duros de á diez y nueve que mezclaban con el mineral. Por manera, que despues de consumir una buena parte de mis bienes en la especulacion minera, he venido á desengañarme de la mentira que nos rodeaba, solo con el fin de estaarnos. Y sin otra cosa por ahora, queda tuyo &c.

Si aun hubiera algunos que quisieran ser ricos por medio de las minas, sigan con su tema; pero adviertan primero, que los *Albaladejos son pocos y los Timoteos son muchos*....

J. Lopez Somalo.

BELLAS ARTES

HONORES CONCEDIDOS A LA PINTURA,

La pintura, fiel imitadora de la naturaleza y como una de las bellas y nobles artes esenciales para el adorno y grandeza de las naciones, ha ocupado en todos los tiempos y obtenido de todos los gobiernos un lugar distinguido y emi-

mente. Si echamos una rápida ojeada á la historia, hallaremos con frecuencia honores que se le prodigaron y que llegaron á ensalzarla sobre todas las demas. Alejandro Magno concedió infinitos premios al inmortal Apeles, entre otros la publicacion de un edicto en que se mandaba que solo Sisipo pudiese hacer su estatua y Apeles su retrato. Julio Cesar, cuya ambicion no tenia limites, absorbiendo todas sus potencias, fue sin embargo tan estremadamente aficionado á la pintura, que por poseer una tabla pintada por *Timomaco*, que representaba á Medea y Ajax, dió ochenta talentos, suma enormísima en aquella época.

Entre los sucesos que honran tan sublime profesion, la historia antigua nos presenta el del Jaliso, pintado por Protogenes y colocado como medio de defensa en la ciudad de Rodas que se hallaba sitiada por el Rey Demetrio. Puesto el cuadro en la brecha por los habitantes, sus murallas fueron inespugnables, al conquistador por la gran estima en que lo tenia, mandando á sus generales que no diesen el asalto mientras permaneciese defendida por Jaliso; prueba de que apreció mas esta pintura que la celebre ciudad de Ródas, pues preferia perder esta por no esponer aquella á los estragos de un asalto; y añadió, que *antes abrasar á los simulacros de sus padres*, que destruir los primores y maravillas de tan excelente cuadro. Jaliso era en verdad tan bella pintura, que Apeles dijo al verla, que no tenia el valor que merecia por que debia estar colocada en el cielo.

Hallábase Protogenes en su casa estramuros de la ciudad, cerca de los reales de Demetrio, y no pareciendole estorbo las guerras, para egercer la pintura, pasaba los dias entregado al estudio con sus discipulos. Sabedor el monarca de que se hallaba alli, le mandó llamar, y preguntandole, que cómo sabiendo la aversion que profesaba á los Rodios permanecia pintando descuidadamente, «sé, le contestó el artista, que no haceis la guer-

ra á las artes, sino á mis conciudadanos, por lo que he contado con vuestra proteccion.» Gozoso entonces el Rey del buen concepto en que le tenia Protogenes, le regaló y puso guardas en su casa para su seguridad, visitandole mas de una vez, y gloriandose de poseer al autor del cuadro que tanto estimaba.

Apenas ha habido un monarca de los que han prestado proteccion á las artes que no haya propagado por sus estados el de la pintura, ó que juzgandola digna de su grandeza, no se haya ocupado de las delicias del pincel. El emperador Constantino octavo, habiendole aprendido en la época de su poder, le sirvió luego como único recurso cuando despojado del imperio tuvo que ejercerla como profesor, manteniendose de sus productos.

El bello secso ha tenido tambien sus representantes en la historia de la pintura. Sofronisba Cremonense, dama de la Reyna D.^a Isabel la Católica, fué excelente pintora, como tambien sus tres hermanas Ana, Europa y Luisa; distinguiendose posteriormente en la profesion de esta arte la serenísima Reyna D.^a Maria Luisa de Borbon, primera esposa de Carlos 2.^o, la que pintó en miniatura con grande acierto y perfeccion.

Rafael de Urvino y Miguel Angel fueron muy estimados de Leon 10.^o y otros Principes de Italia: y el último mandado como embajador á la santidad de Julio 2.^o quien le dotó de bienes cuantiosos y le colmó de grandes honores. El célebre Rubens fué enviado por Carlos 1.^o de la gran Bretaña al tratado de paz entre Francia y España. El emperador Carlos 5.^o pasaba muchas horas en compañía del Ticioano, y Francisco 1.^o tuvo á gran honor el que muriese en sus brazos el virtuoso anciano Lonardo de Vinci, maestro de Rafael.

El capitán del siglo decia al conquistar la Italia: *aprecio tanto un cuadro del Corregio ó del Basano como la mejor ciudad*; y tan luego como entró en Roma, su primer ciudadano fué trasladar á

Paris lo mas selecto de aquella Atenas de las artes, sin olvidar la célebre estatua del Apolo de Belvedere, cuya posesion le duró poco tiempo, pues en el tratado de paz entre Francia y Roma, uno de los primeros acuerdos fué la devolucion de dichos monumentos.

La Italia, verdadera patria de la pintura, ha conservado siempre el espíritu Artístico, haciendola distinguir de las artes mecánicas, creando para ello un tribunal espacial que decida sus causas, con grandes privilegios para las academias de Roma, Florencia, Venecia y aun Bolonia; produciendo, por consecuencia genios eminentes, que con sus obras son la admiracion del mundo.

J. Albacete.

EN LA MUERTE

del Dr. D. Pedro Antonio de Guia Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia, Predicador de S. M. etc.

ELEGIA.

*Tu enim beatus es præ multis,
et vocatus es apud Altissimum...*

Esdra.

Liber IV. Cap. X. Ver. 57.

¿Quién con sánebre canto
El aire llena de enlutados ayes,
Y con crespon de duelo
El nítido brillar de las estrellas
Eclipsa presuroso,
Y estampa en nuestro suelo
De llanto y luto, las profundas huellas?
¿Quién mustiando las flores,
Deja asolada la pradera hermosa,
Sin sus brillantes perlas á la fuente

Sin grata melodia
Al Rey de los Cantores,
Que despertára al dia,
Pintando sus colores
Sobre el limpio cristal de la corriente?
¿Quién si no el Angel,
Salido de las sombras del aberno,
Pudo agotar la fuente dó salian
Las aguas del saber de la elocuencia,
Y extinguir con mano descarnada,
A la misma virtud, la misma ciencia?
¡Si; á ese monstruo de perfidia y saña
Tan solo es dado destruccion tan grande!
¡Mas no te goces, no, con tu victoria;
Que si un cadaver nos dejaste yerto
Para servir de pasto al vil gusano,
Ni su saber ni su virtud hau muerto,
Eternos viviran en la memoria.
¡Si! En la triste memoria,
De un pueblo que infelice
Lágrimas vierte, de dolor profundo,
E inmolára sus dias
Por devolverte al afanoso mundo.
¡Mas no tornes á el!
Eterno sueño, disfruta en paz,
Tu frente conservando sin mancilla;
Que aun que perdiera asaz
Sabio Orador, la Corte de Castilla,
¡Otras glorias el Cielo le prepara!
Gócelas, pues, dichoso,
El corazon mas puro, mas hermoso,
Y si Murcia ha llorado,
Al mirarse privada
De tu noble virtud, y tu talento,
Ya del dolor llevado
El SEGURA violento,
Fue á tributar al mar su sentimiento.
Mas ¡Ay! Estos sonidos tristes
De mi enlutada Lira,
Acoge bondadoso;
Pues ya mi voz espira
Entre las sombras del abismo undoso.
J. M. del Castillo.

AL MISMO ASUNTO. CANTO FUNEBRE.

*Melins est dies mortis dies nativitatis
Ecc. cap 7. v. 2.*
Hondo bajo la mar el bravo viento

Suguetando sus olas, que calladas,
Tristes y en desaliento,
En las desiertas playas asomadas
Están sin movimiento!

Turbios del gran planeta los fulgores
De sus doradas lumbres!.....
Sin verdura los montes,
Y con menos colores
Los lirios que brotaron en sus cumbres.

Tristes también las aves
Cruzan desparvoridas
Los anchos valles y la oscura selva
Sin que el aire devuelva
Con inflexiones graves
Sus justas y dulcísimas querellas.

Obscurecen el cielo
Amontonadas las tronantes nubes
Velando las estrellas
Y el azulado belo
Que con tanto primor esmaltan ellas.

¡Todo es silencio y soledad....! El eco
Perdiéndose á lo lejos sordamente
Por el espacio inmenso,
Es quien se acerca y hiere mis oídos
Y huye otra vez con sùnebres gemidos.

¡Alzate, sombra venerable, y mira,
Que por tí es tanto duelo.....!

Por tí, postrado
Ante el augusto túmulo suspira
Un pueblo acongojado,
Que viendo tus despojos
En aflicción desechos,
Ayes despiden sus dolientes pechos
Y dolorosas lágrimas sus ojos.

¡En vano, en vano la segur alzando
La descarnada muerte
Le plúgo señalar tu hora postrera
En la cóncava huesa
Tu fatigado cuerpo sepultando.....
¡Los que cual tú vivieron, nunca mueren

Pudo á la tierra dar, su tierra misma;
Pero tus altos dones,
Presentes vivirán entre nosotros;

Que para eterno ejemplo
De tan grande virtud y tanta ciencia,
Levantara entre palmas merecidas
En cada pecho, la memoria un templo)
J. M. Gomez-Noriega.

LA MUERTA

EL CASTILLO DE NEBELSTEIN.

CONCLUSION.

IV.

Los días siguientes dió el mismo paseo, pero vanamente pasó horas enteras mirando la ventana del pabellon; la ventana desierta le parecia triste como un cuadro de donde se hubiese quitado el retrato. Su imaginacion antes alegre, no era ya sino un abismo de dudas insondable, alimentadas por los mas lùgubres pensamientos. Ya no iba á charlar con la tabernera ni á terciar con los bebedores, apenas sufría las caricias de su madre y los inocentes juegos de sus hermanas: vivía solo, absolutamente solo, sin otra compañía que el recuerdo de la que ya no era. Por la noche se veía perseguido de espectros siniestros: una noche soñó que pasaba por el cementerio, y que segun su costumbre, echó una mirada sobre la sepultura de Margarita. Vio al sepulturero que iba á ponerse á trabajar; se acercó á él, y le estuvo viendo y hablando con política; al cabo de hora y media, el lecho del último muerto estaba bastante profundo, estaba concluido. —Perfectamente, dijo. Fue á tomar una azada al jardin de su madre y un gancho; se dirigió al cementerio y escabó la sepultura de Margarita con ardor: la noche era sombría, sin embargo la luna mostraba de vez en cuando su inflamado disco al traves de ligeras nubecillas. Cerca de una hora tardó en encontrar el ataúd, pero la tapa resistía á sus golpes; estaba desfallecido, y cuando consiguió abrirle, creyó que había llegado su último instante. Antes de mi-

rar los restos de su querida, alzó los ojos al cielo como pidiendo á Dios perdón de esta profanación: habiéndose inclinado sobre el ataúd, no vio mas que el fondo obscuro de él; aventuró su mano tremula y nada tocó. En este instante, la luna penetró como un rayo enviado del cielo hasta el fondo de la tumba; en su delirio imaginó que veía el alma de Margarita; pero al mismo tiempo notó que el ataúd estaba vacío.

Después de este sueño horrible, quedaba al despertar sumido en meditaciones fúnebres, de quiera que iba era perseguido por la muerte.

Quiso saberlo todo y fué una mañana al castillo de Nebelstein resuelto á arriesgarse á cualquier cosa para ver á Margarita ó á su semejante. Sus dudas no podían durar un día mas sin postrar su alma. Desde la tarde de los funerales estaba tan pálido y había variado tanto, que decían sus conocidos de Hartz: «que diablos se han apoderado de él, que parece su sombra cuando pasa.» Aquella mañana, al atravesar el bosque de Etang, empezó á reflexionar sobre sus intereses, sobre las dudas que le atormentaban.

—Ella ha muerto; ¿pero quien es la que se me há aparecido dos veces en el parque del castillo? ¿será posible que existan dos personas tan exactamente parecidas, animadas con la misma sonrisa y la misma mirada? ¿Cuál será la causa de mi encuentro con el cazador el día del entierro, y la habrá robado muerta ó viva? Aquel médico, aquel ataúd, aquel de profunda, aquella sepultura ¿seria toda alguna farsa horrible? ¿Pero á que venia esta comedia? Ya no se fatiga uno tanto por un amante; no es necesario en el día para lograr el fin, valerse del robo, y no se hace el amor á caballo como en la edad media. Sin embargo, Margarita debía ser estraña á todo esto, debia ignorarlo.

Entregado Adolfo á sus reflexiones, vino á sacarle de ellas el tañido de la campana de la aldea de Waldstein: el sonido de la campana era triste y lento como el de un entierro; esto le volvió á recordar con mas ardor los funerales de Margarita.

—Si, si, dijo de repente, aqui hay un misterio que yo descubriré.

Llegaba al fin del bosque, y apenas serian

las diez, el sol hasta entonces oculto por la niebla del otoño, esparció en aquel momento una luz vivísima en el solitario valle. Era una de estas melancólicas y frescas mañanas de octubre que alegran mas el alma del viagero que las brillantes y tibias de la primavera; la naturaleza lanzaba su último suspiro que entristecía, pero que recordaba tambien dias mejores: ¿el recuerdo de una felicidad pasada, no vale tanto como la felicidad misma?

Volvamos á nuestro héroe. Al abandonar la alameda para entrar en el castillo, oyó cantar un psalmo en el patio; en el mismo instante vio por la puerta principal, que estaba abierta, un cura que echaba agua bendita á los que le rodeaban, es decir, á los ayudantes de su parroquia, á los niños del coro y á algunos domesticos del castillo. La comitiva echó á andar y Adolfo vio un ataúd. —Es sin duda la señora de Nebelstein, dijo para si.

El entierro llegó á la alameda y al ver el ataúd seguido de algunos aldeanos, creyó que seria algun criado del castillo; se acercó á la alameda y distinguió una corona sobre el féretro.

—Dios mio! si fuese....

Un leve golpe que le dieron en el hombro le hizo volver la cabeza. Era Eduardo que seguia el entierro á cierta distancia en traje de caza.

—Quien ha muerto en el castillo?

—La abijada de mi madre, que tanto se parecia á Margarita, de resultas de una fiebre.....

El cazador palideció sin poder continuar.

—¡Muerta! dijo Adolfo con acento de desesperacion. cojiendo la mano del cazador, y añadió;

—Por favor decíme la verdad ¿á quien llevan en ese ataúd.

—Estais loco, dijo el cazador mas pálido aun. Adios. me esperan en el bosque para cazar, volved otro día.

Se alejó sin decir una palabra mas, pero al llegar al fin de la alameda, murmuró entre dientes: *es preciso no jugar con la muerte.*

Adolfo le siguió con la vista, y el cazador no abandonó el entierro ni un minuto, caminando con la cabeza inclinada tristemente. El joven médico se distrajo con

una aldeana que le salió al paso; al despedirse de ella la rogó le dijese quien era la ahijada de la señora de Nebelstein que llevaban a enterrar.

—No sé, dijo la aldeana, hará como seis meses que vino de Paris, ó no se de que otra parte; aun que nunca la habia oido nombrar en casa.

Dicho esto, la joven corrió á reunirse con el entierro.

—Cada vez mas dudas, dijo el joven con tristeza.

Al dia siguiente por la tarde, volvió al castillo de Nobelstein.

—Esta vez, exclamaba encolerizado, mataré al cazador si no me dice la verdad.

Entro resuelto en el castillo; atravesó un corredor y un salon sin hallar á nadie, por último llegó á un dormitorio donde vió dos ancianas llorando. Supo por ellas que Eduardo habia muerto la vispera en la c. ceria; de una desgracia, añadió presurosa su madre.

V.

Adolfo nunca pudo saber el motivo de este extraño misterio. Durante seis meses, la imagen de la muerta no se apartaba de su lado. Dos años despues, su maestro en medicina, le llamó á Munich queriendo hacer su suerte. Adolfo luchó largo tiempo, pero al fin se decidió á abandonar á Hartz con su madre y la mas joven de sus hermanas; hacia poco que la mayor se hallaba casada con un vecino del pueblo. Cuando estuvo en Munich, las distracciones, el deseo de adquirir fortuna y nombre en la sociedad y la ciencia, le hicieron desechár poco á poco su lúgubre amor. Se casó con una joven rica y bonita que le lanzó de repente en el camino prosaico del matrimonio. Habia olvidado á Margarita enteramente, cuando un sueño digno de cerrar nuestra historia le trajo á la memoria su terrible fantasma.

En medio de una noche de invierno oyó de repente el ruido del paso funebre de la muerte ó del espectro; miró á la sombra y vió aparecer una figura pálida y amortajada.

—Margarita! exclamó.

—Si, dijo el espectro, soy Margarita, me veo perseguida por todas partes por los remordimientos; me has amado y vengo á

dejarte mi corazon que sufre aun despues de la muerte.

—Por favor, Margarita, respuso Adolfo estrechando las manos heladas del fantasma; por favor dime el secreto que atormenta mi vida, ¿has amado á Eduardo de Nebelstein?

—Si he amado á Eduardo de Nebelstein; mi padre estaba arruinado y para reparar su fortuna queria casarme con un primo que tenia en Plandes y se habia marchado allí. Amaba á Eduardo que hacia tres meses venia todos los dias á cazar al rededor de la quinta; pero Eduardo era casado y no podia unirnos un lazo sagrado; ademas, el rango que ocupaba en la sociedad lo hubiera impedido: á pesar de todo, yo le amaba con frenesi; cuando quedé sola quiso robarme, sin considerar que echaba una mancha en el honor de una joven que no tenia otro patrimonio. ¡Pobre de mí! he representado el drama de la muerte, y la muerte.....

Adolfo despertó á un grito de su esposa, horrorizada de las agitaciones de su delirio.

(T. de J. L.)

Decididos á proporcionar algunos ratos de inocente broma, sin hacer mal tercio á la sana moral y sin daño del nunca bien ponderado público, presentamos la siguiente galeria de retratos de brocha gorda, reservandonos el derecho de cuando mejor nos plazca y nos viniere en deseo, aumentarla con la de algunos anacronismos que vagan por esas calles y por esas plazas con mengua de este siglo de novedades,

Fincados en este laudable proposito y en prueba de nuestra imparcialidad, comenzamos por dibujar nuestras humildes personas.

Habrà pujar t s brocbazos,
Atrevidas pinceladas,
Jarana gresca y bromazos;
Y por ver nuestras plumadas,
Se hará la gente pedazos.

A nadie se retratarà sin su consentimiento y sin que preceda el abono de cuatro rs. vn., si fuese de brocha gorda, y de seis, si con delicadas tintas; advirtiendó, que ninguna llevará al pie el nombre del origi-

not, cuyo privilegio es esclusivo de nuestras
mercaderías.

(Nota de la Redaccion.)

DIOCRATICAS.

¿Quien es esa miniatura
De atambicada estatura
Cuya forma es un sarcasmo,
Que hecho fue de metaplásmo,
Y aunque de origen plebeya
Maneja bien la epiqueya
Que es su cabeza vulpina
Y de comprehension ladina
En la euholla sorprendente
En el sofisma elocuente,
Y en sus litigios osada?....
Es Gonzales en brochada.

Y ese poetastro lúbrico
Que escribe atrevido al público
Y a las hembras con escándalo
Moteja imprudente el sándalo
Con sus farragos insipidos
Y sus argumentos lividos
Y según diz doña Mónica
La escuela metafórica
Es un legamoso crítico
Al bello seso fatídico
Es un noble catecúmeno?..,
Es el energumeno.

Y ese hombre teleraña
Que pudiera ser guardaña
Dilatada lombriz,
Y en su oblicuanda nariz
Y su cara de lenteja
Es similitud de Comadreja;
Y encubre un genio sublime
Y las verdades exprime
Con su añuado pinceel
Hecho de hojas de clavel,
Que aromas despide y riega?
Es el poeta Noriega.

Y aquel arlequín insólito
Con sus insulas de acólito
Que tiene ojos de tábano
Y la nariz como un rábano
Y aunque de semblante frigido

Y en sus apariencias rígido
Tiene el caracter diabólico
Y es su talento hiperbólico,
Su imaginacion elástica
Y su tendencia sarcástica?...
Es cierto aprendiz a médico?
No: Selgas el Enciclopédico.

Y este grave doctorzuelo
Que gallea siendo polluelo,
Con la vara de diamante
Y el cuerpo muy elegante
A pesar de ser menudo;
Y habrá muger que no dude
Gustosa se lo comiera
Como si fuese una pera,
Sobre todo si le escucha;
Por que su dulzura es mucha?
Es tambien escritoreillo?
Si: es el Redactor Castillo?

Este orgulloso barbudo
Que no vale un estornudo,
Y engreido en sus bigotes
Presume audaz entre zotes,
Siendo un misero avechuzo
Solo en vaciedades ducho,
Que ni ha estudiado ni sabe
Que en su impotencia no cabe
Mas, sandio tenaz aspica
A retratar en la Lira
Cuanto existe bello y feo...
Es un quidam del Correo.

J. E.

NOTA. No habiendose podido reunir
aun todos los antecedentes para escribir con
esactitud el artículo Necrológico del Dr.
D. Pedro Antonio de Eguiá canónigo Ma-
jstral que fué de esta Santa Iglesia Cate-
dral, daremos principio a la inserción de
este trabajo en el número inmediato.

(Nota de la Redaccion.)

MURCIA: Imprenta de Pedro Soler y Rovi,
Calle de Sta. Isabel Núm. 6. — Año de 1845.